



MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
EN OCASION DE SERLE CONFERIDA LA
"ORDEN DEL LIBERTADOR" EN EL GRADO DE GRAN CORDON

4 DE NOVIEMBRE DE 1987

Excelentísimos señores:

Es un altísimo honor recibir de manos del Presidente Lusinchi la "Orden del Libertador" en el grado de Gran Cordón, distinción que acepto en nombre de mi pueblo puertorriqueño y que nos llena de la más profunda satisfacción.

A mi noble y esforzado pueblo puertorriqueño le une a la patria de Bolívar todo un acontecer histórico, que no comienza con el arribo de los europeos sino que se pierde en ese ancestro común, de una cultura arahuaca prácticamente desvanecida. Nos unen tres siglos de formación de nuestro carácter, de adquisición de las instituciones fundamentales y de los rasgos básicos de nuestra civilización, el idioma, la religión, la estructura de valores, e incluso la forma de percibir el mundo exterior.

Y luego nos une la pasión por la libertad americana. Esa pasión que llevó a Bolívar a planear la lucha por la independencia de Puerto Rico y que alguna vez lo hizo recalar en nuestra isla de Vieques en busca de agua y provisiones. Esa pasión que llevó al puertorriqueño Antonio Valero a ponerse a las órdenes del Libertador, y que le ganara los galones de General de División del Ejército Venezolano, e incluso lo convirtiera en Ministro de la Guerra de este país en aquellos turbulentos años de la primera mitad del siglo 19, cuando Venezuela consolidaba su horizonte y las bases mismas de la patria ganada a sangre y fuego por el sacrificio de sus mejores hijos.

Son muchos, sin duda, los lazos que nos vinculan, Venezuela es el territorio continental más cercano a Puerto Rico. Dista aproximadamente, la mitad de lo que distan los Estados Unidos, Caracas, para los sanjuaneros, es como una hermosa promesa urbana, grande y alegre, que pende, perpendicular, al sur de nuestra capital.

De ahí que durante los siglos de la colonia la isla apenas despertara el interés de Madrid. Era un punto importante, sí, como antellave de las Indias o como caladero de la flota, o como castillo roquero para enfrentarse a piratas, corsarios u otras potencias codiciosas, pero al margen de su valor estratégico era muy poco lo que se podía extraer de la menor de las Antillas Mayores. Por eso, a mi país no solían trasladarse señores principales. Ni se creaban centros docentes u hospitales importantes. Ni había una densa actividad intelectual.

Para el fin de siglo pasado nuestros más ilusionados compatriotas, excépticos sobre las posibilidades con que contábamos a derrotar militarmente a España, se dedicaban a arrancarle girones de autonomía al gobierno de Madrid. Pero en el vecindario, en otra isla antillana, en Cuba, había guerra. Y los Estados Unidos se fueron poco a poco aproximando al conflicto. Y un día del año crucial de 1898, estalló el Maine en la bahía de La Habana, y pocos meses más tarde la flota norteamericana bombardeaba las fortalezas militares de San Juan mientras los soldados del Presidente McKinley entraban en Puerto Rico por el sur, por Guánica, desembarcando en medio de una muchedumbre que los recibía, todo hay que decirlo, regocijada.

Poco después vino el cambio de soberanía. De las manos de España pasamos —sin que se nos consultara— a las manos de los Estados Unidos. Y entonces, ante el nuevo poder mucho más formidable que el anterior, comenzamos a hacer lo mismo que habíamos hecho hasta la víspera de la derrota de España. Comenzamos a luchar por nuestra dignidad y por el auto-gobierno, pero aprovechando ahora las posibilidades de desarrollo económico y social que la nueva situación permitía.

En 1900, apenas dos años después de la intervención militar, conseguimos elegir libremente una cámara que representara a la ciudadanía.

En 1917, obtuvimos la ciudadanía norteamericana de pleno derecho.

En 1948, elegimos a nuestro primer gobernador, a Luis Muñoz Marín, poniendo fin a medio siglo de designaciones norteamericanas.

En 1952, aprobamos nuestra propia Constitución y creamos el Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Un estado definido por nosotros libremente, de amplio gobierno propio que preserva la ciudadanía norteamericana, garantiza nuestra autonomía fiscal y la defensa común.

Quince años más tarde, en 1967, mediante un plebiscito, la inmensa mayoría de los puertorriqueños ratificó su aprobación a este modelo de organización política, aunque pudo haber elegido, libremente, las otras opciones que se le brindaron: solicitar de los Estados Unidos la incorporación de la isla a Nación Americana como un estado norteamericano más, o solicitar la separación definitiva y el establecimiento de una república independiente.

Yo soy el representante de ese pueblo que se ha dado esa Constitución y soy, además, la cabeza del partido político que cada cuatro años defiende en las urnas la opción de la autonomía frente a quienes quieren convertir a mi país en otro estado americano, un 40% de los electores, y frente a quienes pretenden convertirlo en una república independiente, apenas un 5% del censo electoral. Y creo que tengo buenas razones para defender este modelo político: esto es, nuestra vocación de gobierno autónomo y fructíferas relaciones con los Estados Unidos.

Porque a lo largo del siglo 20, nuestra sociedad es la única de habla hispana que no ha conocido ni golpes militares ni severas interrupciones de la vida institucional. Porque nuestras familias nunca han padecido la angustia de la policía política que desaparece ciudadanos al amparo de la obscuridad de la madrugada. Porque paulatinamente, de forma ininterrumpida, a lo largo de estas casi ocho décadas, hemos visto aumentar nuestro nivel de vida hasta situar nuestro per cápita, casi \$5,000, al frente de la escala latinoamericana, porque en este período hemos podido pasar de ser una paupérrima sociedad atada al cultivo y la molienda de azúcar, a ser una sociedad urbanizada en la que el 95% de la clase trabajadora se dedica a la industria y a los servicios. Porque hemos desarrollado nuestra capacidad de producción industrial en el mundo altamente desarrollado de los componentes electrónicos, la elaboración de medicinas y los productos químicos, consiguiendo que el número actual de nuestras fábricas exceda la cifra de 2,000 y el volumen de nuestro comercio internacional alcance, en el renglón de las aportaciones, unos 11,000 millones de dólares y en el de las importaciones, una cifra ligeramente inferior. Lo que indica, como punto de comparación, que los tres y medio millones de habitantes de Puerto Rico desarrollan una actividad comercial internacional que es, grosso modo, el 50% de la que desarrolla Brasil, con sus 130 millones de habitantes. Tenemos 150,000 estudiantes universitarios. Hemos erradicado el analfabetismo en las nuevas generaciones y todos nuestros niños disponen de un puesto escolar, maestros titulados y útiles de enseñanza. Conta-

mos con un médico por cada 475 habitantes. Nuestra tasa de bienestar social es de las mejores del mundo. Una esperanza de vida de 74 años. Una mortalidad infantil de 17 por cada mil nacidos vivos y una cama de hospital por cada 262 ciudadanos. Cama que ya no suelen ocupar los enfermos de las epidemias infecciosas tradicionales porque nuestra medicina preventiva prácticamente las han hecho desaparecer.

Eso no quiere decir, por supuesto, que la nuestra sea una sociedad exenta de problemas. Tenemos un alto índice de desempleo en torno al 16% y un inaceptable nivel de delincuencia pero nos estamos enfrentando a ellos con nuevas estrategias creadoras y eficaces. En virtud de su ciudadanía de los Estados Unidos de América, al puertorriqueño se le abre un horizonte más amplio que el de nuestra pequeña isla: la posibilidad sin restricciones de emigrar a los Estados Unidos o de regresar a la isla en busca de un mejor destino económico y social.

Esta circunstancia, meta de tantos desesperados pueblos del mundo ha dado lugar a la creación de grandes contingentes de puertorriqueños en ciudades como Nueva York, Chicago o Boston, calculándose en más de dos millones que actualmente se encuentran vecindados en los Estados Unidos.

Y este hecho crea una visión diferente y trascendental en nuestro problema nacional: hoy puede hablarse de un Puerto Rico insular y de un Puerto Rico continental porque las fluidas relaciones entre ambas comunidades ha dado lugar a una sociedad en la que cientos de miles de personas vuelan frecuentemente entre la isla y el continente estableciendo lazos comerciales y de toda índole cada vez más complejos y estrechos. Los Estados Unidos son hoy para Puerto Rico, entre otras cosas, un gigantesco campo de formación intelectual y de capacitación profesional, lo que garantiza que nuestros ciudadanos tengan a su alcance la posibilidad de mantener el nivel de desarrollo técnico y científico que exige la realidad de un mundo en que la competencia depende cada vez más del volumen de información y sabiduría de que se dispone. Pero esos lazos, con ser enormemente beneficiosos, significan, también, un factor absolutamente inédito en nuestra historia y un elemento que no se puede obviar cuando se reflexiona sobre el destino de nuestra comunidad nacional. En el 1987 Puerto Rico no es ya, solamente, una isla latinoamericana estrechamente vinculada por lazos económicos, históricos y jurídicos, con los Estados Unidos. Puerto Rico, en nuestros días, es también una sociedad latinoamericana en la que el 40% de sus hijos radica en los Estados Unidos.

De ahí que sea totalmente irreal exigirle a los puertorriqueños que cercenen sus lazos con los Estados Unidos para constituirse en república independiente. De ahí que nosotros hayamos agradecido a Venezuela, de todo corazón, su valiente abstención en el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas.

La democracia puertorriqueña garantiza la soberanía de nuestro pueblo. Cada cuatro años los puertorriqueños votamos, democráticamente, en elecciones reñidas, absolutamente libres, a las que concurren o pueden concurrir, desde nuestra derecha insular anexionista, hasta toda izquierda independentista, cuya variante moderada se inscribe dentro de las co-ordenadas socialdemócratas, mientras la más radical sueña con uncir la isla a la caravana soviética.

Pero cada cuatro años, hasta ahora, los puertorriqueños han subrayado con los votos su voluntad de continuar asociados a los Estados Unidos, a sabiendas de que si seleccionaban, en estos tiempos, la opción independentista —la moderada o la radical— nadie y mucho menos los Estados Unidos, impedirían la desvinculación de la isla de la nación americana.

Es decir, el pueblo puertorriqueño ejerce la soberana libertad de su conciencia de la forma que le parece más conveniente para la salvaguarda de sus intereses. Nosotros, cada cuatro años, nos preguntamos que queremos hacer con nuestro destino político y libremente tomamos las decisiones que creemos más adecuadas sobre un asunto de la exclusiva competencia nuestra, y para el cual no agradecemos intromisiones ajenas, entre otras razones, porque esas ingerencias cuando van cargadas de buena fe, suelen padecer de una óptica equivocada y cuando llevan ocultas intenciones políticas, no pretenden realmente, mejorar nuestro status político sino hacer blanco contra los Estados Unidos.

En toda nuestra historia moderna, a lo largo del siglo 20, los puertorriqueños jamás nos hemos entremetido en los asuntos internos de otra nación. Nunca hemos enviado guerrilleros ni terroristas para sembrar el caos en otros países. Nunca hemos intentado vulnerar la voluntad de otros pueblos. Más aún: nuestra isla, pese a todos los inconvenientes contra los que hemos tenido que luchar, siempre ha sido un refugio para los peregrinos que han llamado a nuestras puertas. Para todos. Desde Rómulo Betancourt, hasta Juan Ramón Jiménez, desde el Paraguayo Elpidio Yegros hasta el dominicano Juan Bosch, sin olvidar a unas cuantas decenas de millares de

cubanos que han llegado a nuestras tierras a recibir nuestro abrazo y a dar en cambio su laboriosidad y experiencia.

El nuestro es un pueblo pacífico y prudentemente respetuoso de los derechos ajenos. El nuestro es un pueblo que quiere las mejores relaciones con todos sus vecinos, y en especial con los hermanos latinoamericanos. Somos latinoamericanos en la lengua y en las tradiciones, en la cultura, en la música. Lo somos hasta en las virtudes y lo somos hasta en los defectos. Y no ha sido fácil preservar nuestra identidad porque la fuerza centrípeta de la nación a la que estamos asociados es muy grande. Sólo que ese enorme peso y volumen específico, no cuenta más que nuestra voluntad de continuar fieles a nuestra tradición, a nuestra lengua y a nuestras raíces.

Y a esto también he venido a Venezuela a, esta patria de hermanos comprensivos. He venido a reforzar, en contacto con vosotros, la latinoamericanidad de mi pueblo por que esa latinoamericanidad en modo alguno contradice la naturaleza de nuestro ser jurídico ni nuestro leal y desde 1952 voluntaria asociación a los Estados Unidos.

Se es ciudadano de un país, pero también se es ciudadano de unos principios y de una cultura. Y nosotros somos ciudadanos de los Estados Unidos, pero también lo somos de esa patria abstracta de quienes creen en la libertad y la persuasión, y también lo somos de ese espacio ancho y largo, ese espacio fraterno que comienza en el Río Grande y termina en la Patagonia.

Esto es Puerto Rico, Señor Presidente, Señores Ministros, Señores Senadores y Diputados. Un pueblo al que su particularidad jurídica no priva nunca de amar a la patria de Bolívar como si fuera la patria propia. Un pueblo que quiere, y a veces cree que necesita, el abrazo fuerte de sus hermanos del continente y yo he venido simbólicamente, a darles ese abrazo.